

Pakistán

A la espera del *tsunami* clerical

Entrevista a Pervez Hoodbhoy, realizada por Farooq Sulehria en *Viewpoint online*

El 4 de enero pasado, Salman Taseer, gobernador de la provincia más grande de Pakistán [Punjab], cayó asesinado por las balas de uno de sus propios guardaespaldas, Mumtaz Qadri. Salman Taseer era un activo defensor de la reforma de la legislación contra la blasfemia. Su postura favorable a la abolición de esas leyes, que constituyen una amenaza para las minorías religiosas, concitaron la furia clerical. Numerosos mulás emitieron *fatuas* y pusieron recompensa a su cabeza. Mumtaz Qadri, un fanático religioso que la policía había vetado para tareas de custodia de altos cargos públicos, conocía los detalles del plan de seguridad de Taseer. ¿Un fallo? Dada la influencia de los fundamentalistas en el aparato de seguridad del país, semejante resbalón es más que dudoso. En su declaración, el asesino dijo que le inspiró un mulá, pero que lo hizo por su propia cuenta. Por cierto que los demás guardaespaldas que le acompañaban no reaccionaron hasta que hubo acabado con Taseer. Se entregó sin oponer resistencia. Los medios de comunicación, los mulás y la derecha política pretenden convertirlo en héroe. El clero le ha otorgado el título honorífico religioso de *ghazi* (conquistador). El gobierno ha anunciado que no cambiará la controvertida ley sobre la blasfemia. En una entrevista publicada en *Viewpoint*, Pervez Hoodbhoy expone su visión de la situación en Pakistán. Hoodbhoy se licenció y doctoró en el MIT y es profesor de física nuclear y de alta energía en la Universidad Quaid-e-Azam de Islamabad desde hace 37 años. También enseña en universidades y laboratorios de EE.UU. y aparece a menudo en diversos canales de televisión pakistaníes y en medios internacionales como comentarista sobre diversas cuestiones políticas y sociales. Reproducimos extractos de la entrevista:

Farooq Sulehria – El asesinato del gobernador Salman Taseer, que se oponía a la ley pakistaní sobre la blasfemia, ha horrorizado al mundo. Sin embargo, en Pakistán el asesino se ha convertido en un héroe para una parte importante de la población. ¿Por qué?

Pervez Hoodbhoy – En una sociedad dominada por valores religiosos tradicionales, ser un héroe implica a menudo cometer algún acto violento y autodestructivo para preservar el honor. Aunque el gobernador Taseer no estaba acusado de blasfemia, su crimen consistió en solicitar el indulto presidencial para una pobre mujer campesina cristiana acusada de blasfemia¹ por algunos vecinos musulmanes. La actitud de Taseer rebasó por lo visto los límites de tolerancia vigentes. Sin contar con el apoyo de ningún partido, se lanzó a la batalla en solitario.

Malik Mumtaz Qadri, el guardaespaldas oficial que metió 22 balas en el cuerpo del gobernador a quien tenía que proteger, no es el primer héroe de este tipo. Un joven iletrado de 19 años de edad mató en la década de 1920 al autor del libro *Rangeela Rasool*; tras ser ejecutado por los británicos, fue ensalzado por los padres fundadores de Pakistán, Muhammad Iqbal y Muhammad Ali Jinnah. Dicen que Iqbal, considerado el gran filósofo del islam del siglo XX, colocó el cadáver del ejecutado en la tumba con

¹ Se trata de Asia Bibi, condenada a muerte por blasfemia en aplicación de una ley aprobada durante la dictadura del general Zia-ul-Haq. La campaña para salvar a Asia Bibi y derogar la ley sobre la blasfemia es apoyada por organizaciones y personalidades de la sociedad civil, que incluyen a líderes musulmanes moderados.

lágrimas en los ojos y dijo: «Este joven ha subido más alto que nosotros, los hombres cultos». El *ghazi* Ilm-e-Deen, como se llamaba, es venerado en un mausoleo construido encima de su tumba en Lahore.

Delante del juez, el asesino de Taseer declaró con orgullo que había ejecutado la voluntad de Alá. Cientos de abogados —los mismos que se hicieron famosos por protagonizar hace unos años una rebelión en defensa del presidente del Tribunal Supremo de Pakistán— echaron sobre él pétalos de rosas cuando estaba en manos de la policía. Doscientos abogados firmaron una declaración en que se mostraban dispuestos a defenderle sin cobrar. Significativamente, Qadri es un musulmán de la corriente barelví y miembro de la organización confesional Dawat-e-Islami; 500 clérigos de esta tendencia apoyaron su acción en una declaración conjunta. Dijeron que quienes simpatizaban con Taseer merecían un castigo análogo.

Curiosamente, la mayoría de estos mulás forman parte del movimiento suní Tehreek y se supone que son de tendencia moderada y antitalibán. En efecto, uno de sus líderes, Maulana Sarfaraz Naeemi, murió en un atentado en junio de 1929 después de oponerse públicamente a los atentados suicidas. Ahora, estos «moderados» se han unido a sus atacantes de entonces. Juntos controlan hoy las calles de Pakistán, mientras que un gobierno cobarde y moralmente deleznable se encoge y cede a todas y cada una de sus demandas.

F.S.: Los electores pakistaníes siempre han votado a partidos más bien laicos, pero parece que actualmente los partidos religiosos representan el verdadero sentir popular. ¿Está usted de acuerdo?

P.H.: Sí. Quienes creen que la mayoría silenciosa pakistaní es en el fondo laica y tolerante se hacen vanas ilusiones. Alegan que los partidos religiosos no cosechan el voto popular y por tanto no pueden ser realmente populares. Pero esto es confundir los deseos con la realidad. Los partidos de los mulás no salen elegidos porque lo suyo es la política de la calle, no la política electoral. Por otro lado, carecen de un liderazgo carismático y las rivalidades internas causan estragos. No obstante, la victoria del MMA² después del 11 de Septiembre demuestra que son capaces de cerrar filas. También es muy posible que surja un líder natural capaz de provocar una avalancha electoral en un futuro no muy lejano.

Pero aunque no ganen elecciones, los partidos de los mulás tienen mucho más poder a la hora de determinar cómo vive usted o cómo vivo yo que los partidos que ganan elecciones, como el PPP y el ANP³. Durante mucho tiempo, la derecha religiosa ha dictado qué podemos y qué no podemos enseñar en nuestras escuelas públicas y privadas. Ningún gobierno tenido jamás el valor para retirar los materiales llenos de odio con que se han alimentado a la fuerza a las jóvenes generaciones. También deciden cómo puede ir usted vestido y qué puede comer o beber. Su poder incontestado ha llevado a la desertización cultural de Pakistán, porque se oponen violentamente a la música, la danza, el teatro, el arte y la indagación intelectual.

² MMA: Muttahida Majlis-e-Amal (Consejo de Acción Unido), coalición de partidos islámicos.

³ PPP: Partido Popular de Pakistán, el partido del gobierno. ANP: Awami National Party, partido de los pastunes.

Claro que existen islotes dispersos de normalidad en las ciudades pakistaníes. Pero son cada vez más pequeños. Es cierto que los nacionalistas baluches son laicos, al igual que el MQM⁴ de base étnica en Karachi. Pero constituyen una franja muy pequeña de la población.

F.S.: El gobierno ha capitulado. El primer ministro ha anunciado que no cambiará la controvertida ley sobre la blasfemia. ¿Significa esto que los fanáticos religiosos pueden dictar sus normas aunque no tengan ninguna representación parlamentaria?

P.H.: En efecto, estamos ante una abdicación total. Cuando los barbudos sacaron a 50.000 personas airadas a las calles de Karachi, el gobierno, aterrorizado, trató de inmediato de entablar negociaciones con ellos. Incluso antes de que esto ocurriera, el ministro del Interior —Rahman Malik, un vendido y un rastrero como pocos— declaró sin más que él personalmente había matado a tiros a un blasfemo.

El gobierno está temblando de miedo. Tiene los pantalones tan mojados que el partido mayoritario renunció tras el asesinato a defender a Taseer, un miembro destacado del mismo. Hay rumores de que van a traer a guardaespaldas de EE.UU. para proteger a Zardari, pues los suyos tal vez no sean de fiar. Sherry Rahman⁵, la valiente diputada que se atrevió a presentar una propuesta de reforma de la ley sobre la blasfemia, está siendo silenciada. Dicen que recibe dos amenazas de muerte cada hora. Es significativo que el alto mando del ejército no haya hecho ninguna declaración pública sobre el asesinato, cuando suele expresarse sobre muchas otras cosas.

F.S.: A menudo se califica a los medios de comunicación pakistaníes de independientes y muy críticos. Sin embargo, estos medios ofrecieron una imagen negativa de Taseer casi un mes antes de que fuera asesinado. ¿Qué le parece esto?

P.H.: La supuesta independencia y postura crítica de los medios de comunicación se reserva para atacar a un gobierno manifiestamente corrupto, pero aparentemente laico. Sobre otras cuestiones —como un debate racional sobre la religión y el papel del ejército en la sociedad— guardan un prudente silencio. Apenas dan la palabra a personas sensatas, o éstas están demasiado asustadas para hablar.

Permítame contar algunas experiencias personales. El día después del asesinato de Taseer, la emisora FM-99 (en urdu) me pidió una entrevista. La responsable me contó preocupada (a micrófono cerrado) que no lograba encontrar a ningún erudito religioso que quisiera condenar el asesinato. Dijo que incluso escasean personas normales como yo.

Al día siguiente se emitió por televisión un debate sobre la blasfemia (Samaa TV, presentado por Asma Shirazi). Asma había propuesto que participara yo. Así lo hice, siendo consciente de lo que se me vendría encima. Mis adversarios eran Farid Paracha (portavoz del [partido islamista] Jamaat-e-Islami) y Maulana Sialvi (del movimiento

⁴ MQM: Muttahida Qaumi Movement, partido de tendencia liberal.

⁵ Diputada del PPP, ex ministra y presidenta del Jinnah Institute ha declarado: “desde hace más de veinte años, la ley sobre la blasfemia es manipulada y utilizada como instrumento de dominación sobre las comunidades más débiles. Ha llegado el momento de abolirla”.

suní Tehreek, de tendencia barelví y supuestamente moderado). Entre el público había unos 100 estudiantes traídos de las facultades de Pindi e Islamabad.

Por mucho que los mulás echaran espuma por la boca y gritaran delante de mí (y contra mí), conseguí decir lo que era evidente: que la cultura del fundamentalismo religioso está provocando un baño de sangre en el que la mayoría de las víctimas son musulmanes, que los no musulmanes están huyendo de Pakistán; que los autonombrados «thaikaydars» del islam en Pakistán ignoran deliberadamente la práctica de otros países musulmanes como Indonesia, que no condena a muerte a nadie por blasfemar; que debatir acerca de los detalles de la ley 295-C sobre la blasfemia no constituye una blasfemia; que los musulmanes de Estados Unidos no son ni mucho menos objeto de persecución; y que la insistencia en los ataques de los aviones no tripulados norteamericanos no tiene nada que ver con esta discusión sobre la blasfemia.

¿La respuesta? Ni el menor signo de aprobación de mis palabras. Ovación atronadora cada vez que mis adversarios pedían la muerte para los blasfemos. Y grandes alabanzas para Qadri. Cuando me dirigí directamente a Sialvi y le dije que sus manos estaban manchadas de la sangre de Salman Taseer, exclamó: «¡Cuánto me habría gustado haberlo hecho yo!» Todo esto se puede ver en YouTube.

Se puede discutir si este episodio concreto (y tal vez muchos otros parecidos) debería denunciarse en los medios, si refleja verdaderamente el estado de ánimo del público y si aquellos estudiantes eran realmente representativos de la juventud pakistaní en general. Pero no cabe ninguna duda del lado por el que se inclinaron los medios, como se vio en la negativa de los presentadores a condenar el asesinato así como en las imágenes del asesino sonriente que se divulgaron por todas partes. Las pantallas de la mayoría de los canales fueron copadas por los mulás. Algunos periodistas y participantes en espectáculos de la televisión compararon a Qadri con Ilm-e-Deen. Otros trataron de demostrar que Taseer era de alguna manera el causante de su propia muerte.

F.S.: Muchos pakistaníes, como Imran Khan, un campeón de críquet que se ha hecho político, atribuyen el reciente auge del extremismo a la ocupación de Afganistán por Estados Unidos. ¿Es esta la causa en su opinión?

P.H.: Si EE.UU. no hubiera venido nunca a Afganistán, Pakistán no sería el avispero violento que es hoy. Por tanto, esa afirmación tiene un elemento de verdad, aunque no sea más que un elemento. Utilizaré una analogía: imagine un montón de leña seca y una cerilla encendida. La guerra antisoviética dirigida por EE.UU. fue la cerilla. Pero el material combustible es ese conservadurismo peligroso que se ha acumulado con el tiempo. La fuerza de los partidos islamistas creció enormemente después de que Zulfikar Ali Bhutto les rindiera pleitesía después de 1973-1974. Esto sucedió cinco o seis años antes de la invasión soviética, de modo que difícilmente se puede achacar a EE.UU.

Está claro que Occidente puso fuego a la leña seca. Pero la enorme cantidad de leña es fruto de la podredumbre del Estado y la sociedad pakistaníes. La nuestra es una sociedad del *apartheid* en la que los ricos tratan a los pobres como basura, el sistema judicial no funciona, la enseñanza está podrida a más no poder y la corrupción, que está a la vista de todos, queda impune. Añada a esto un millón de mulás en un millón de

mezquitas que explotan las frustraciones de la gente. Esta es la explicación de la situación catastrófica actual.

Por supuesto que me encantaría ver a los norteamericanos fuera de Afganistán. Cuanto antes se puedan ir sin precipitar una masacre talibán al estilo de la de 1996, tanto mejor. Pero seamos conscientes de que la retirada de EE UU no resolverá los problemas de Pakistán. Los que luchan contra los norteamericanos no son precisamente socialistas o nacionalistas como lo que lo hicieron en Vietnam. Los talibán desean una revolución cultural completa: barbas, burkas, cinco oraciones al día, nada de música, nada de arte, nada de diversión, ningún contacto con la modernidad salvo para armarse.

F.S.: En Túnez, un dictador ha sido humillado por una movilización pacífica masiva y no por miembros de Al Qaeda. En Bangladesh, el tribunal supremo ha restablecido la constitución laica del país y en los últimos meses la religión ha sido relegada de la política. ¿Le parece que están cambiando los vientos en el mundo musulmán? ¿Hay esperanza para Pakistán?

P.H.: Las injusticias en Túnez son similares a las de Pakistán: desempleo masivo, corrupción grotesca y el tren de vida opulento de las elites. Al igual que Zardari, que llena las ciudades pakistaníes de retratos del clan Bhutto y cambia de nombre calles y aeropuertos, Ben Alí también promocionaba a su familia. Ambos han saqueado la riqueza nacional y ambos han contado con el apoyo de Occidente porque se presentaban como baluartes contra el fundamentalismo. Hoy, Ben Alí se ha ido y mañana Zardari también se irá.

Pero las diferencias son profundas: la población de Túnez, que suma 10 millones, es minúscula en comparación con los 180 millones de pakistaníes. Los jóvenes tunecinos no sufren una sobredosis tóxica de religión de la línea dura. Por eso salieron valientemente a la calle para luchar por un cambio social real. Por eso cabe esperar que la huida de Ben Alí dará lugar al florecimiento de una democracia árabe y no concitará las fuerzas oscuras del extremismo religioso. Podemos estar absolutamente seguros de que la retirada de Zardari, que puede que ocurra más pronto que tarde, no abrirá las puertas a un Pakistán más laico o más pacífico.

En cuanto a Bangladesh, recordemos que surgió del colapso de la teoría de Jinnah de las Dos Naciones. El nacionalismo triunfó sobre la religión en 1971. Por eso los nuevos desarrollos positivos en Bangladesh no resultan difíciles de entender.

F.S.: ¿Cuál es a su juicio la mejor manera de frenar el auge del fundamentalismo religioso en Pakistán?

P.H.: Si quiere que le diga la verdad, la respuesta es que no hay ninguna. No hay más cera que la que arde. A veces no hay otra manera de extinguir un incendio forestal que esperar a que se queme todo. Al final ya no quedará nada más para alimentar las llamas. Pero mucho antes de que silencien al último liberal o acaben con él, los mulás se pondrán a matarse entre ellos. Terroristas inspirados por los mulás ya han empezado a volar santuarios y mezquitas de la secta rival. Internet está invadida de espeluznantes fotografías de cuerpos destrozados de adversarios. Qadri, el asesino, reconoció que la inspiración para su crimen le vino de un clérigo. Por tanto, es lógico pensar que unos clérigos musulmanes se pondrán con entusiasmo a matar a otros clérigos musulmanes.

Al final podríamos tener la situación que prevaleció durante la Guerra de los Treinta Años en Europa.

Para salvar a Pakistán, ¿qué milagros podemos pedir a Alá? He aquí mi lista personal: en primer lugar, que el ejército pakistaní deje de contemplar a India como enemigo número uno y se plantee que el fundamentalismo es una amenaza mortal. En segundo lugar, que el gobierno de Zardari sea sustituido por otro menos corrupto, más capaz de gobernar y tenga tanto la voluntad como la legitimidad para enfrentarse al fascismo religioso. Y en tercer lugar, que la paz se instale de alguna manera en Afganistán.

21/1/2011